

máquina del Estado. La exigencia de la libertad es el único medio para arrancar las más profundas raíces, y con ello quitar vida a las ramas manifiestas.

Y es esta una tónica que se observa a lo largo de la obra, clara en la exposición, razonada en las ideas. Von Mises pone sus alabanzas del lado del capitalismo, del sistema liberal. Bajo estas formas, dice, "la vida es digna de vivirse porque está llena de esperanzas".

Mientras que al socialismo dirige duras invectivas. Véanse estas frases del final: "Los campeones del socialismo se llaman progresistas, mas recomiendan un sistema que se caracteriza por la observancia rígida de la rutina, y la resistencia a cualquier clase de innovación. Se llaman liberales, pero no intentan sino abolir la libertad. Se llaman demócratas, mas anhelan la dictadura. Se llaman revolucionarios, pero quieren hacer del gobierno algo omnipotente. Prometen las bendiciones celestiales, mas pretenden transformar al mundo en una gigantesca oficina de Correos. Cada hombre no será sino un elemento subordinado de un buró, ¡qué seductora utopía!, ¡qué noble causa para luchar!"

M. A. H.

**FRANCISCO GUTIERREZ LASANTA:** "Pensadores políticos del siglo XIX". Editora Nacional. Madrid, 1949. 384 páginas.

Hablamos recibido el libro del señor Gutiérrez Lasanta, "Pensadores políticos del siglo XIX", con la esperanza de hallar en él un ensayo de sistematización de nuestro pensamiento juspolítico ochocentista. Sin embargo, la lectura de esa obra desvaneció muy pronto aquella confianza nuestra. "Pensadores políticos del siglo XIX" no es un libro sobre la historia de las ideas políticas españolas —al menos, es claro, en el sentido serio, científico, que habitualmente se otorga en las cátedras universitarias a esta rama del saber—. Se trata, realmente, de una obra de

horizontes más modestos. Tal vez el propio autor no haya pretendido traspasar los linderos de la prosa que hoy se enmarca bajo el epígrafe ambiguo de "actualidad política".

El señor Gutiérrez Lasanta destaca en este grueso volumen una serie de "coincidencias" doctrinales de los pensadores polilticocatólicos de la centuria pasada. El término coincidencia tiene, en manos del autor, un valor de auténtica sincronización ideológica. Desde luego esta nota de unidad y armonía cuenta con una fácil explicación, y es que —tal cual escribe el propio señor Gutiérrez Lasanta— todos aquellos pensadores "bebieron en la misma fuente y ungiéron su espíritu en las mismas aguas consagradas por el santo crisma". Ya se comprende que aquella armonía o concordancia se refiere ordinariamente a lo substancial, a la estructura, a la naturaleza íntima de la doctrina, mas no a lo accidental, categoría o aspecto en el que pueden indicarse, sin grave esfuerzo, ligeras y naturales discrepancias —las que surgen, es claro, de la originalidad y talento particular de cada pensador—. Menéndez Pelayo, a este respecto, escribía que si "en lo secundario podían diferir; en lo esencial tenían que encontrarse siempre, porque la misma fe los iluminaba y la misma caridad los encendía".

Todas estas coincidencias, en fin, permiten al autor elaborar un cuerpo de doctrina, de gran profusión y riqueza de problemas, que constituye en gran medida el ideario de los pensadores católicos ochocentistas. Entre estos escritores y filósofos cita el señor Gutiérrez Lasanta, indistintamente, a los pensadores reaccionarios, a los grandes maestros tradicionalistas y a los políticos conservadores, que, en definitiva, son las tres vertientes fundamentales por que se desarrolló el pensamiento católico durante la centuria decimonónica. Mas esto no es óbice para que en algún momento de la obra, olvidando su inútil beligerancia, recuerde el autor hermosos pensamientos de

aquel gran proscrito que se llamó Emilio Castelar, o reproduzca, "siquiera sea por mero recuerdo", el nombre imborrable de Joaquín Costa.

Son numerosas las "coincidencias" doctrinales que el señor Gutiérrez Lasanta analiza y desenvuelve en su libro. Destacan, con todo, las referentes a diversos aspectos o temas históricos, como son las Cruzadas, las Ordenes religiosas, la Reconquista, el descubrimiento de América, la guerra de la Independencia, etcétera; las que inciden sobre los problemas europeos de la época —no se olvide que se trata del siglo XIX, rico en todo tipo de relaciones internacionales— o sobre el sentimiento patriótico, etcétera. Pero importan al quehacer político —que es el objeto primordial de este libro—, los capítulos que versan sobre problemas o cuestiones propias de la política. Entre ellos recordemos los estudios que lleva a cabo el señor Gutiérrez Lasanta sobre la gobernación del Estado, sobre el principio monárquico, la crítica del sistema liberal, la cuestión de la enseñanza y sobre la política exterior española. Hay aquí todo un programa de reconstrucción nacional, un proyecto conmovedor de engrandecimiento de España, tan comprometida ciertamente por causa de la política de los Austrias y Borbones.

Al lado de este doctrinal coloca el autor otros problemas, que a la verdad, poseen escasa conexión con una temática propiamente política. Tales como: las coincidencias teológicas de los pensadores político-católicos, las que se refieren a la necesidad de la Unidad religiosa de España, las coincidencias sobre la defensa de la Iglesia Católica. No debe olvidarse que el señor Gutiérrez Lasanta pretende extraer, de una manera orgánica, el pensamiento de los autores católicos, y por ello parece natural que aluda a algunos temas, específicamente religiosos. El mismo señor Gutiérrez Lasanta recuerda, en diversas ocasiones, la tesis de Donoso Cortés sobre la consideración de la política como una parte de la teología. En

el contenido político, escribe nuestro autor, bulle necesariamente un inmenso acervo de ideas teológicas porque la teología, la ciencia de Dios, es el océano que contiene y abarca todas las cosas. La doctrina donosiana avala y justifica en gran manera, cual se comprende, esa inclusión excesiva de las cuestiones teológicas dentro de la problemática política. Hoy sabemos, con todo, que esta metodología es escasamente científica, porque, aparte de deshacer el principio de la autonomía o independencia de las ciencias, contribuye a otorgar un marcado predominio de unas sobre otras, que solamente en el campo especulativo debe o puede existir. Por eso estimamos como una deficiencia técnica un poco arrinconada y extemporánea esa mezcla de problemas aludido.

Finalmente, unas palabras sobre dos cuestiones que nos han parecido fundamentales en este libro: nos referimos a la concepción monárquica del grupo de pensadores politicocatólicos y al carácter profético de sus escritos.

La monarquía ha sido para los pensadores del siglo XIX el régimen político fundamental. Todos ellos, con efecto, defendieron el principio monárquico con tesón y empuje, como se desprende de la breve antología que recoge en el capítulo XI el señor Gutiérrez Lasanta. "La monarquía; ve ahí, para nosotros, la verdad política", decía Donoso Cortés, compendiando el pensamiento suyo y el de sus epígonos. Pero, además de ser la monarquía la forma teórica de gobierno que defendieron los pensadores ochocentistas, es, según su propio decir, la forma que mejor cuadra a España. El autor examina, con este motivo, la monarquía tradicional española, la que cantó Menéndez Pelayo en su memorable brindis del Retiro. Entre los caracteres que definen ese tipo histórico de monarquía, destaca el señor Gutiérrez Lasanta la hereditariadad. La monarquía tradicional es, fundamentalmente, una monarquía hereditaria. Con todo, Balmes —citado por el propio autor—, entre otros, ha

negado la monarquía hereditaria como una forma apriorística de gobierno. Escribe: "Considerada la cosa en abstracto, no hay absurdo más palpable que la monarquía hereditaria, que la sucesión en la corona a una familia donde a cada paso puede encontrarse sentado en el solio o un niño, o un imbécil, o un malvado, y, sin embargo, en la práctica nada hay más sabio, más prudente, más previsor". Y da la razón de ello diciendo: "Porque con la monarquía hereditaria se cierra la puerta a toda esperanza de ambición desmesurada; porque de otra suerte abriga la sociedad un eterno germen de agitación y revueltas promovidas por los que pueden concebir esperanza de 'empuñar un día el mando supremo'". El párrafo transcrito merece un serio ejercicio de meditación por parte del lector; de ello estamos seguros.

Hay en otro lugar de esta obra un análisis de la teoría de la accidentalidad de las formas de gobierno, que defendió briosamente —según demuestra el señor Gutiérrez Lasanta—, el grupo de pensadores palítocatólicos a que venimos aludiendo. No disponemos del espacio preciso para entrar en razones sobre este problema, que merece, desde luego, la máxima atención. Con todo, adviértase que en la realidad política española nunca fué aquella cuestión "accidental", salvo en los momentos de grave conmoción social o de exaltación del conformismo hipócrita e interesado. Nadie cree, hoy por hoy, que la monarquía o la república sean en España formas de gobierno accidentales. Los numerosos ensayos, por ejemplo, que vieron la luz a favor de la primera de aquellas formas políticas en los últimos decenios —publicados por Elías de Tejada, Calvo Serer, Gamba, etcétera—, dicen mucho sobre el apasionamiento político que sobre aquella cuestión existe en España.

La segunda cuestión, a que queremos aludir porque la reputamos de gran interés, es la que se refiere al carácter profético de los pensadores católicos del mil ochocientos.

"Nuestros pensadores, —escribe el señor Gutiérrez Lasanta— a fuer de realistas y estudiosos del pasado, fueron también profetas del porvenir. Todos llevan fama de videntes, y según pasa el tiempo se acentúa esta calidad". La visión profética de un Donoso, de un Aparisi o de un Balmes, por ejemplo, ha sido estudiada en diversas ocasiones. El profesor Tierno Galván ha aludido, con su habitual y originalísima penetración, al profetismo político de los escritores contrarrevolucionarios de la centuria última, en alguna de sus explicaciones ordinarias de cátedra.

El señor Gutiérrez Lasanta recuerda en su libro algunas de las "profecías cumplidas" del grupo de pensadores católicos. Entre esos vaticinios indiquemos aquí los que aluden a la religión católica, a España y Europa, al expansionismo ruso y la influencia norteamericana, a la constitución hipotética de un venidero Estado universal y despótico, etc., etc. Pero, por desdicha, toda su labor se restringe exclusivamente a la mera exposición de los "aciertos", sin profundizar en las causas ambientales que provocaron el profetismo político moderno. No ha contrastado la obra de los videntes religiosos de antaño con la de estos modernos pensadores, o referido la posible derivación de uno y otro profetismos. Nada nos dice tampoco el señor Gutiérrez Lasanta sobre las diferencias del auténtico profeta y el simple "clarividente", que habría de resultar en este orden de cosas muy interesante. La cuestión, en fin, falta de este armazón doctrinal, recio y profundo peca de endeble e inconsciente.

La obra, por último, del señor Gutiérrez Lasanta posee interés indiscutible, al menos para quienes deseen conocer, de una manera elemental, el pensamiento político de los pensadores ochocentistas españoles.

F. S. P.

FRANZ FALLER, *Die rechtsphilosophische Begründung der gesellschaftlichen und staatlichen Au-*